

João do Rio y las calles ocultas de la modernización carioca

Martha Barboza
UNSa- Sede Regional Tartagal
mbarboza05@gmail.com

Palabras clave: *modernización, ciudad, crónica, sujeto.*

Resumen

El proceso de modernización que las principales ciudades latinoamericanas experimentan en los comienzos del siglo XX, responde a un proyecto político, económico, social y cultural destinado a transformar un modo vencido de vivir y concebir la vida. Se hace necesario rediseñar el espacio urbano según los nuevos modelos europeos vigentes y (re)educar a sus habitantes.

Las diferentes representaciones discursivas que circulan en este nuevo mundo social permiten comprender el sentido de la experiencia de vivir la ciudad. Las relaciones humanas se perciben en un proceso permanente que resulta de la acción de los individuos y de los condicionamientos heredados de las tradiciones, de los sistemas de valores, de las instituciones y de las ideas de quienes habitan este espacio. Esto es, tratar de comprender e interpretar las significaciones de las experiencias urbanas en términos culturales.

Los sentidos dados a la ciudad se manifiestan a través de diferentes formas discursivas, entre las que se destaca la crónica, género que permite construir interpretaciones y efectuar un análisis crítico de las prácticas socioculturales instituidas en el espacio urbano.

El alma encantadora de las calles reúne una serie de crónicas urbanas que João do Rio publica entre 1904 y 1907. En ellas, el autor teje una trama que devela los hilos del tejido social urbano de un Río de Janeiro que experimenta el proceso de modernización. A través de una descripción minuciosa y de un agudo análisis crítico de los barrios y calles marginales, casas de hospedajes y fiestas populares reconstruye el inicio de siglo y los escenarios de una "ciudad oculta" que busca convertirse en la "ciudad maravillosa". Expone la estructura social de la otra ciudad de Río, no registrada en los documentos oficiales. João do Rio revela el comportamiento de los sujetos sociales de la vida carioca entrecruzando las diversas voces en y con el espacio urbano.

Cuando París desembarcó en Río de Janeiro

El proceso de modernización que las principales ciudades latinoamericanas experimentan en los comienzos del siglo XX, responde a un proyecto político, económico, social y cultural destinado a transformar un modo de vivir y concebir la vida que se consideraba ya

vencido. Se hace necesario rediseñar el espacio urbano de acuerdo con los nuevos modelos europeos vigentes y, por ende, (re)educar a los sujetos que lo habitan. Pero ello implica no olvidar que el mapa geopolítico de Latinoamérica está trazado por múltiples voces, miradas y acontecimientos que se proyectan en una coordenada espacio-temporal no lineal, sino retorcida y con innumerables puntos de fuga que se disparan en diversas direcciones. Y ese cúmulo de hechos, sujetos y objetos se inscribe en una constelación de textos de diferentes géneros que echan luz sobre ciertas zonas de ese mapa caleidoscópico. Así, la modernidad es una de esas zonas en la que los relatos que allí se despliegan “constituyen una formación discursiva donde se materializa la simultaneidad de múltiples temporalidades” (Rodríguez Pérsico, 2008, p. 11).

En las principales metrópolis latinoamericanas, principalmente en Río de Janeiro, dos son, básicamente, las ideas de modernidad que pueden leerse como fundamentos del proyecto transformador de la sociedad carioca. Por un lado, la idea burguesa de modernidad, que propone Matei Calinescu (1987, citado en Rodríguez Pérsico, 2008), basada en la doctrina del progreso, la confianza en la ciencia y la tecnología, una idea mensurable de tiempo –medible con el dinero-, el culto de la razón, el ideal de libertad y una tendencia al pragmatismo. Y, por otro lado, la modernidad concebida más que como un concepto, como una *categoría narrativa*, siguiendo las reflexiones que al respecto hace Fredric Jameson (2004, citado en Rodríguez Pérsico, 2008), quien afirma: “El relato de la modernidad no puede organizarse en torno de las categorías de la subjetividad; la conciencia y la subjetividad son irrepresentables; solo pueden contarse las situaciones de la modernidad”. Sin embargo, ello no significa el borramiento o la ausencia de subjetividad, sino que necesariamente debe articularse con las historias que se narran. Se generan, entonces, según Adriana Rodríguez Pérsico (2008, p. 29), los relatos de época, organizados alrededor de núcleos que representan conflictos grupales o debates generales y encarnan en historias individuales. El arte, la ciencia, la nación o el continente, el misterio y la religión, el amor o el erotismo, la vida urbana, constituyen esos núcleos que se despliegan y adquieren cuerpo en historias particulares, dando coherencia y explicando tales conflictos y debates. En consecuencia, los textos, a través de su diversidad genérica, funcionan como acontecimientos que las situaciones de la modernidad generan en cada contexto sociohistórico.

A partir de estos presupuestos teóricos, es posible comprender el proceso de modernización que atraviesa Brasil, y especialmente la ciudad de Río de Janeiro, desde fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX. Y de ese contexto, emergen distintas formas discursivo-narrativas que pretenden representar y contar las situaciones que la implementación del proyecto modernizador genera, como es el caso de *El alma*

encantadora de las calles (1908) de João do Rio. En este sentido, las diferentes representaciones discursivas que circulan en este nuevo mundo social son las que permiten comprender, desde la perspectiva de Edward Thompson, el sentido de la experiencia de vivir la ciudad. En ella, las relaciones humanas se perciben en un proceso permanente que resulta tanto de la acción de los individuos como de los condicionamientos heredados de las tradiciones, de los sistemas de valores, de las instituciones y de las ideas de quienes habitan este espacio. Esto es, tratar de comprender e interpretar las significaciones de las experiencias urbanas de los sujetos en términos culturales.

En ese período de entre siglos, entra en crisis el sistema colonial y monárquico y se inicia, en Brasil, la etapa de construcción de la *Belle Époque*, siguiendo los moldes del movimiento francés. El proceso de instauración de esta *Belle Époque* carioca comienza en la década de 1880, sobrevive a la Semana del Arte Moderno de 1922 y perdura hasta mediados de 1930, aproximadamente. Río de Janeiro comienza su trayecto hacia su modernización, y plan de acción tiene como lema “Río se civiliza!” y como símbolo más representativo la Avenida Central, recién concluida. Si bien la ciudad se revela, en sus estructuras sociales y en sus calles, como heterogénea, plural y multifacética, la pobreza y el lujo, como dos modos de vida en pugna y contradictorios, constituyen las dos macroestructuras que se van a afianzar en el nuevo mapa social. Ello se debe a que comienza a conformarse un mercado de trabajo industrial y urbano basado en una mano de obra libre integrada por inmigrantes y ex esclavos. Las diversas formas de pobreza y de explotación experimentan un acentuado incremento en el territorio urbano, y que João do Rio, en el capítulo “Tres aspectos de la pobreza” de *El alma encantadora de las calles*, narra y describe con la minucia del detalle.

Se hace necesario, entonces, crear un nuevo orden que imprima otro ritmo a la sociedad carioca, el ritmo del vértigo y la velocidad modernos. Río de Janeiro, capital y centro político, se convierte también en el mayor centro poblacional del país y en el punto de concentración de los recursos provenientes de la economía cafetera (Botelho da Costa y Barroso, 2010, p. 94). Todo ello transforma la ciudad en un espacio dominado por el caos, el desorden y el bullicio y donde lo nuevo y lo viejo luchan, uno por imponerse y el otro por sobrevivir. En este sentido, la descripción que hace João do Rio es acertada:

En el asfalto de la calle están la corrida de los autos, silbatos, trinos, el largo golpeteo de las patas de caballos, chicotazos estallando en las flacas yeguas de los tálburis, vagones en disparada, bocinas de automóviles sonando arrebatadas, gente corriendo, o parada en los refugios, a la espera de un

espacio libre para poder pasar, el estrépito natural del instante, a la hora de la noche en las ciudades. (1990, p. 93).

Río de Janeiro se convierte, así, en el mayor centro económico-comercial del país, lo que llevó al gobierno a entablar relaciones con Estados Unidos y otros países europeos. Frente a esta insuperable situación, el gobierno de Rodrigues Alves (1902-1906), considera que, para asegurar el ingreso y permanencia de los capitales extranjeros en Brasil, es preciso y urgente construir una imagen de la ciudad capaz de ofrecer a los inversores posibilidades de rentabilidad, confort y seguridad para la actividad financiera. En función de esta necesidad, la incipiente burguesía, sectores de la intelectualidad carioca y el poder político idean un proyecto, liderado por el prefecto Pereira Passos, destinado a crear una imagen de progreso basada en la remodelación de la ciudad, tanto en lo que se refiere al modo de vida de sus habitantes como a la estructura urbana (Botelho da Costa y Barroso, 2010, p. 94).

En el afán desenfrenado por remodelar totalmente la ciudad bajo los nuevos parámetros europeos, se genera un furor reformador: se amplían redes ferroviarias, se derrumban viejos caserones y todo aquello que pudiera identificarse con una sociedad atrasada es desplazado hacia afuera del nuevo trazado urbano. Según Nicolau Sevcenko (1995, p. 25), en la práctica la era de la regeneración se presenta como corolario de la extirpación de las costumbres de la sociedad tradicional, la negación de la cultura popular, la expulsión de las clases pobres del centro urbano hacia las áreas periféricas y la adopción/imposición de un modo de vida totalmente basado en los modelos parisienses. De este modo, la inserción de Brasil en el nuevo orden mundial presupone la europeización y la neocolonización del país. El presidente Rodrigues Alves y el prefecto de la ciudad Pereira Passos quieren transformar Río de Janeiro en el símbolo de la modernidad, de la civilidad, o sea, en la vidriera capaz de exhibir al mundo la nueva cara de la *Belle Époque* carioca.

Los más afectados por todo este proceso de reformas sociales y urbanas, van a ser los sectores sociales marginados, los que frente a esta ola de cambios vertiginosos procuran medios y espacios para adaptarse y ejercer sus modos de vida, tal como lo expresa João do Rio: “en las grandes ciudades la calle va a crear su tipo, a plasmar la moral de sus habitantes, a inocularles misteriosamente gustos, costumbres, hábitos, modos, opiniones públicas” (1995, p. 12).

Ciudad, calles, sujetos... ¿y un flâneur carioca?

Río de Janeiro, el espacio urbano elegido para poner en práctica el proyecto de reformas, se fragmenta, se diversifica en un presente continuo, más allá de las pretensiones de homogeneidad del poder político dominante. Y son esos fragmentos de espacio los que

permiten construir los relatos que describen las “comunidades cognoscibles”. En ellas actores, objetos y acciones se distribuyen de acuerdo con unos límites geográficos, culturales y sociales que los mismos relatos les fijan, y en función de mecanismos de inclusión y exclusión a través de los cuales se evidencia la necesidad de que lo extraño se vuelva familiar.

En la diversidad discursiva de los relatos de la modernidad convergen, según Rodríguez Pérsico, “identidades que corresponden a coyunturas distintas, aquellas que guardan vínculos estrechos con la tierra y la tradición coexisten con otras más modernas. Los relatos arman identidades –colectivas, genéricas, personales, culturales- en torno a ciertos imaginarios” (2008, p. 32), tal como se lee en la crónica “Viejos cocheros”, de João do Rio:

- (...) La República trajo la Bolsa, un grupo de cocheros extranjeros, unos gringos e ingleses de caras afeitadas, con unos carros que ni yo les sabía el nombre!
- (...) Él hablaba como un eco, y estaba allí, mirando el *boulevard* reformado, pensando en los buenos tiempos de las misas en la catedral y las residencias reales, hoy ocupadas por la burocracia republicana... (1995, p. 73).

Los relatos se construyen desde una mirada moderna, esto es, desde una perspectiva visual y de enunciación hegemónica, que pretende captar y registrar todo. Perspectiva que devela, también, una posición política, pues ponen al descubierto algunas problemáticas bajo determinadas formas narrativas y ocultan otros conflictos. Este acto de mirar se expresa a través de una variada gama de géneros, tales como el relato de viajes, el policial, las fisiologías, las crónicas periodísticas, los tratados de criminología y de psiquiatría. En todos ellos, la mirada del escritor se posa sobre un objeto, acontecimiento o sujeto apuntando a la invención de “comunidades cognoscibles” (Rodríguez Pérsico, 2008, p. 33).

João Paulo Emilio Cristóvão dos Santos Coelho Barreto (1881-1921), más conocido por el seudónimo João do Rio, es el escritor-periodista que camina y mira la ciudad de Río de Janeiro en proceso de modernización, para luego construir los relatos de sus crónicas urbanas. Entre 1904 y 1907, las publica en el periódico *La Gaceta de Noticias* y en la revista *Kosmos* y, en 1908, aparecen por primera vez reunidas en el libro *El alma encantadora de las calles*. Según Raúl Antelo, organizador de la colección de 2008, el texto es “una concepción exhaustiva y promisoría en relación con la calle y lo moderno (...) João do Rio en este libro viaja al infierno de las mercancías como un auténtico espía del capitalismo” (2008, p. 14). Reflexión que, sin duda, alude al hecho de que el escritor, desde su

condición de *dandy* de vistoso frac y monóculo, se inviste en la figura del *flâneur* para introducirse en el submundo de Río de Janeiro.

La obra está dividida en tres partes, además de las dos conferencias que abren y cierran el libro: “La calle” y “Modinhas y cantigas” (rebautizada luego como “La musa de las calles”), respectivamente. El cuerpo del texto se estructura alrededor de tres ejes temáticos y cada uno de ellos reúne un conjunto de crónicas afines por su temática. El primero, “Lo que se ve en las calles”, en el que se describen las pequeñas profesiones y costumbres cariocas como las de los tatuadores ambulantes, los vendedores de libros usados, los vendedores de turnos para la Salud Pública. El segundo, “Tres aspectos de la miseria”, aborda los problemas sociales de la prostitución, de la explotación de los operarios, de la verdadera y de la falsa mendicidad. Y tercero, “Donde a veces termina la calle”, conformado por los tres reportajes realizados en la Casa de Detención, editados en *La Gaceta de Noticias* con el título “En los jardines del crimen”.

El alma encantadora de las calles es un texto en el que literatura y periodismo se distinguen, entrecruzan o yuxtaponen sus formas, procedimientos y estilos discursivos, marcando espacios de presencia distintiva y dominante, o bien, mezclándose, fundiéndose hasta perder o borrar los límites distintivos. Así, por ejemplo, las dos conferencias que abren y cierran el libro son discursos de neta reflexión ensayístico-literaria sobre las calles de la ciudad, sus habitantes, su música y su poesía, y donde el estilo periodístico se invisibiliza: “La musa de la ciudad, la musa constante y anónima, que tañe todas las cuerdas de la vida y es como el alma de la multitud, la musa triste y vagabunda, es libre, es pobre, es humilde” (1995, 186).

En cambio, en las crónicas que componen el cuerpo del texto, las técnicas propias del periodismo como el reportaje, la entrevista y la consulta de fuentes son dominantes. Sin embargo, la estructuración y disposición del material recogido, en una trama narrativa, están más próximas a las propias del relato literario, pues el matiz ficcional, el juego estético con el lenguaje (metáforas, comparaciones, imágenes sinestésicas y la introducción de diálogos) las aleja de la objetividad de las crónicas periodísticas de neto corte informativo. Son textos, más bien híbridos, fronterizos, que conducen a la polémica con respecto a su clasificación, no en cuanto a su reconocimiento genérico como crónicas, sino en cuanto a decidir si son textos literarios o periodísticos. Generalmente, se opta por considerarlos periodístico-literarios, en función del origen martiano dado a la

crónica urbana moderna,¹ o crónicas-reportajes por la combinación de ambas modalidades discursivas.

Es precisamente esta crónica moderna la que le permite a João do Rio construir los relatos de época que reúne en *El alma encantadora de las calles*, título que si bien es una paráfrasis de *El alma encantadora de París* (1902) de Enrique Gómez Carrillo, su temática se aproxima más a *Las pequeñas cosas de París* (1888), de Jean de París (seudónimo del periodista de *Le Fígaro* Napoleón-Adrien Marx, como João do Rio lo es de João Coelho Barreto) y a *París desconocido* (1878) de Alexandre Provat d'Anglemont.

Para narrar y describir la otra ciudad, las otras calles y esos otros actores sociales del Río de Janeiro de la *Belle Époque* carioca, João de Rio se inviste en la figura de un *flâneur* tropical que él mismo construye y define para sí, sin alejarse totalmente de su referente baudelaireano, y que explícitamente lo manifiesta en la conferencia que abre el texto:

Para comprender la psicología de la calle no basta con gozar de sus delicias como se goza del calor del sol y del lirismo del lugar. Es necesario tener un espíritu vagabundo, lleno de curiosidades malsanas y los nervios en un perpetuo deseo incomprensible, es preciso ser aquel que llamamos *flâneur* y practicar el más interesante de los deportes –el arte de *flanear*.

(...) el *flâneur* (...) conociendo cada calle, cada callejón, cada callejuela, sabiéndolas un pedazo de la historia, como se sabe la historia de los amigos (casi siempre mal), acaba con la vaga idea de que todo el espectáculo de la ciudad fue hecho especialmente para su propio gozo (...) Cuando el *flâneur* deduce, concluye en una ley magnífica para su uso exclusivo, para psicologizar, para pintar los pensamientos, la fisonomía, el alma de las calles.

(...) Yo fui un poco ese tipo complejo, y, tal vez por eso, cada calle es para mí un ser vivo e inmóvil. (1995, 5-6).

No obstante, la singularidad de este *flâneur* carioca reside en que varios de sus recorridos urbanos los hace acompañado por un amigo o un informante. Son éstos los que lo introducen en las más oscuras profundidades de las zonas marginales de Río de Janeiro, como ocurre en “Visiones del opio” y en “Sueño tranquilo”. En estas crónicas, el autor, sin poder controlar las sensaciones que experimenta, expone de manera descarnada los

¹(...) el quehacer periodístico-literario que cultiva la crónica en diarios, suplementos culturales y revistas de la época reconoce su filiación en José Martí. Figura central y excepcional de la historia y de la consagración de la crónica urbana en el ámbito de la cultura latinoamericana” en Mónica Scarano – Graciela Barbería (eds.). *Escenas y escenarios de la modernidad*, 2013, p. 9-10.

horrores producidos por la miseria y la pobreza en la que viven los expulsados del nuevo orden social:

Había en efecto más de un piso, pero casi no se podía llegar, al estar la escalera llena de cuerpos, gente envuelta en trapos, se estiraba en las gradas, gente que se agarraba a los balaustres del pasamano, mujeres recelosas de la promiscuidad, con las faldas enrolladas (...) Yo me tapaba la nariz. La atmósfera sofocaba. Un piso más y reventaríamos. Parecía que todas las respiraciones subían, envenenando la escalera y el mal olor, el hedor, un hedor fulminante, impregnaba nuestras propias manos, se desprendía de las paredes, del piso carcomido, del techo, de los cuerpos sucios. Arriba, pues, estaba el vértigo. La sala estaba llena. Ya no había divisiones, tabiques, no se podía andar sin aplastar un cuerpo vivo. (1995, 122-123).

João do Rio no solo representa, en sus crónicas, los espacios y sujetos de esta transformación sociocultural, sino también las problemáticas sociales que de ella se generan. Y las calles, tan protagonistas como los actores que en ellas viven, se configuran como las gestoras, las que dan vida a la nueva ciudad. Allí, los nuevos sujetos sociales luchan por sobrevivir, desconcertados y des-ubicados, en un sistema que los rechaza y los margina, pero no los puede borrar. Son las calles de Río de Janeiro las que hacen emerger a la superficie, desde la efervescencia de la *Belle Époque* tropical, las nuevas estructuras y relaciones sociales que dan origen a los nuevos tipos urbanos. Baudelaire los llamó los “héroes modernos” de la multitud, los sujetos solitarios de la modernidad y João do Rio los denominó los “héroes de la utilidad”, que viven en la soledad de las calles oscuras y tumultuosas. Son los creadores de las pequeñas profesiones callejeras que les permiten sobrevivir a la miseria y a la pobreza: tatuadores, vendedores de oraciones religiosas, vendedores de libros, pintores de letreros y murales, músicos ambulantes, viejos cocheros, estibadores, mendigos profesionales, construyen el cuadro social de los “egresados” de la “dolorosa academia de la miseria”: “Río tiene también sus pequeñas profesiones exóticas, producto de la miseria ligada a las fábricas importantes, a los andurriales, al bajo comercio; Río, como todas las grandes ciudades, escudriña en su propio basurero la vida de los desgraciados” (1995, p. 24).

Pero la ciudad y sus calles también son el escenario de fiestas populares como los cordones del carnaval y de rituales religiosos como la Misa del Gallo y los pesebres. Mientras el carnaval se personaliza en la Rua do Ouvidor con las danzas, el desenfreno y la promiscuidad, la Misa del Gallo y los pesebres arman sus puestas en escenas en ámbitos cerrados o acotados a la iglesia y a las casas de los barrios. Desde una perspectiva crítica, el autor observa la presencia permanente de lo profano en lo sagrado,

así cuestiona la veracidad de las convicciones y de la fe religiosas de las personas, al comprobar que asisten a la misa más para enamorar que para rezar.

Finalmente, en el capítulo “Donde a veces termina la calle”, João do Rio narra y describe, a partir de los reportajes que realiza en la Casa de Detención, la doble exclusión que sufren hombres y mujeres por crímenes cometidos en el otro encierro de la ciudad al que el nuevo orden los ha condenado.

Híbridas, fragmentarias, oscilantes entre el periodismo y la literatura, las crónicas de João do Rio capturan la instantaneidad del vértigo transformador de la modernidad. Como sostiene Alejandra Mailhe, “son el ‘resto’ de la literatura, un desperdicio del Arte apto para captar otros ‘restos’ sociales: los actores excluidos de la modernización autoritaria” (2011, p. 193).

En síntesis, las transformaciones modernas que experimenta el tejido social y urbano de la ciudad de Río de Janeiro conducen a la dispersión, crisis y fractura de las costumbres y modos de vida tradicionales. Y las crónicas de *El alma encantadora de las calles* convierten al yo/sujeto de la enunciación en una especie de articulador brechtiano privilegiado que puede procesar su experiencia, vertiginosa y traumática, de *flâneur*, registrar los cambios e integrar los fragmentos en el espacio de la escritura. Construye así el lado oscuro del espejo en el que los desclasados y marginados ponen en escena sus miserias y la degradación social y moral en la que se encuentran sumergidos.

Bibliografía

- Botelho da Costa, Cléria; María H. Barroso (2010) “A sedução das ruas” en *Revista Mosaico*, vol. 3, nº 1, jan/jun, pp. 93-100. Rio de Janeiro.
- Do Rio, João (1990) *Los mejores cuentos de João do Rio*. São Paulo: Global.
- (1995) *A alma encantadora das ruas*. Río de Janeiro, Colaço Carioca
- Mailhe, Alejandra (2011) *Brasil, márgenes imaginarios. Lo popular en la novela y el ensayo del siglo XIX a la vanguardia*. Buenos Aires: Lumiere.
- Rodríguez Pérsico, Adriana (2008) *Relatos de época. Una cartografía de América Latina (1880-1920)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Scarano, Mónica E.; Graciela Ma. Barbería (2013) *Escenas y escenarios de la modernidad*. Mar del Plata: Ediciones Suárez.
- Sevcenko, Nicolau (1995) *Literatura como missão: tensões sociais e criação cultural na Primeira República*. São Paulo: Editora Brasiliense.